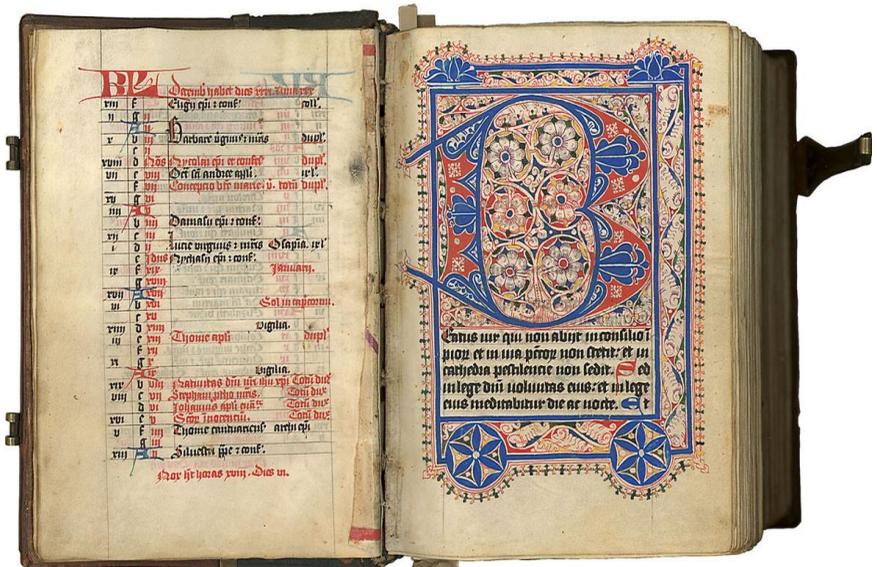


# DEL AMOR AL OFICIO DIVINO



Por una religiosa

## Nota Introductoria

El texto que tienes en tus manos ha sido escrito por una religiosa de clausura, y dirigido a los sacerdotes. Tanto el Santo Sacrificio de la Misa como el Oficio Divino han de ser como las dos “columnas” donde se asiente la santidad sacerdotal. La autora es bien consciente de ello y pensando en la santidad sacerdotal ha sido escrito el presente texto.

Pero una vez leído no podemos menos que darnos cuenta del gran bien que puede hacer a las almas consagradas y, por supuesto, a los fieles, que en mayor número cada día se disponen a leer el Oficio Divino como parte integrante de su vida de santificación diaria.

El Oficio Divino, como alabanza a Dios, es de un valor insustituible en la santidad sacerdotal. Pues, como dice hermosamente la autora, al rezar dignamente el Breviario lo que estamos haciendo es devolver la Palabra Divina -el Verbo al Padre, ese Verbo que el Padre nos entregó y que se hizo carne. Pues, el Oficio Divino es el mismo Cristo hecho Palabra Divina.

Tenemos el convencimiento que tú, sacerdote, o alma consagrada, e incluso laico, no quedarás indiferente ante la lectura de este escrito, realizado por un alma anónima entregada en la soledad a la alabanza diaria a Dios. Y que su lectura hará que leas con mayor fervor y atención las Horas canónicas, y si no las rezas te sentirás inclinado a hacerlo.

La religiosa toma como referencia el Breviario tradicional de 1962, por lo cual la numeración de los salmos corresponde a la Vulgata y, algunas veces, hace referencia al Oficio de Maitines, que sólo está vigente en el Breviario tradicional

# DEL AMOR AL OFICIO DIVINO

*In conspectu Angelorum psallam tibi.* Delante de los ángeles entonaré salmos para ti. Sal., 138, 1b.

*Laudate Dominum quoniam bonus EST psalmus.* Alabad al Señor: es bueno entonar salmos. Sal., 147, 1a.

Laudate Dominum omnes gentes! Alabad al Señor todas las naciones. Sal., 117, 1a.

## **Cristo, la alabanza perfecta a Dios Padre**

La alabanza perfecta a Dios Padre es Cristo mismo. Jesucristo es el Verbo de Dios. Él es la Palabra de Dios, la única y eterna Palabra de Dios, pronunciada una solo vez, sin comienzo y sin fin, en un impulso de amor infinito que se llama Espíritu Santo.

Por ser así, se puede vislumbrar, sin comprenderlo del todo ciertamente -ya que los misterios de Dios son infinitos como Él- que hay una cierta identificación entre la Palabra viva de Dios, que es el Verbo eterno Nuestro Señor Jesucristo, y la palabra, también viva, de Dios que es la Sagrada Escritura.

¿Por qué decimos que la Sagrada Escritura es “Palabra viva” de Dios? Porque lleva la presencia de Dios, allí donde está la Palabra de Dios, allí está Dios de un modo especial. Y Dios que es Uno con sus atributos divinos, también es Uno con su Palabra divina. Y es “Palabra viva” porque da la verdadera vida a las almas.

Cristo es la alabanza perfecta de Dios, y, en consecuencia, la más digna, o mejor dicho: LA ÚNICA DIGNA DE DIOS. Pero algo maravilloso nos enseñan aquí los Salmos: *Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem* (Sal.,

8,3). “De la boca de los pequeños y de los niños de pecho has preparado alabanza”.

Los “niños de pecho”, claro, somos nosotros, pues ante la grandeza de Dios y de sus misterios infinitos no sabemos hablar, apenas sabemos balbucear su Santísimo Nombre. Imposible sería para nosotros presentar a Dios una alabanza digna si no la pone Él mismo en nuestra boca, si no la “sacaba” Él mismo de nuestros labios.

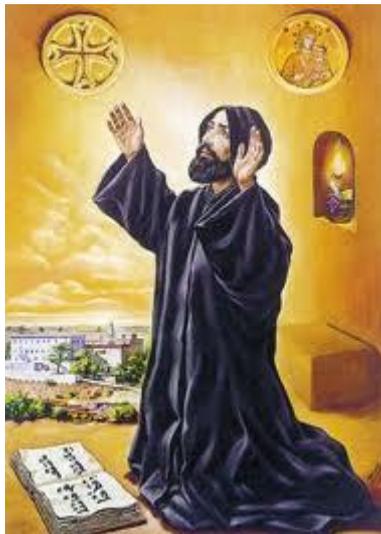
Esta alabanza digna y perfecta es el Oficio divino.

¿Pero no hemos dicho que la alabanza perfecta a Dios es Cristo? Aquí hay un preciosísimo misterio por profundizar. Primero, hemos visto que hay una cierta identificación en Jesús, el Verbo eterno, la Palabra viva de Dios, y la Sagrada Escritura, también Palabra viva de Dios.

Si Dios pronuncia UNA SOLA PALABRA, viva, eterna y perfecta -PERFECTA, pues por esta Palabra, Dios se dice así mismo perfectamente, enteramente, por así decirlo-... Si Dios pronuncia UNA SOLA PALABRA, eso implica que todas las palabras de Dios, que conocemos por la Sagrada Escritura –a partir de la cual se compone el Oficio Divino– como subordinadas a esta PALABRA única y eterna, están como contenidas en Ella, se identifican con Ella. O mejor dicho todavía: pronunciando su Verbo eterno, Dios Padre pronuncia todo lo demás en un solo y mismo impulso de amor infinito que se llama e Espíritu Santo.

Y he aquí que Dios nos invita y quiere que nosotros, miserables pequeñuelos, participemos de esta su actividad eterna y perfecta, pronunciando en Él, por Él, con Él y para Él su Palabra divina; esto es, por medio del Oficio Divino. Cantar el Oficio Divino es cantar a Cristo a semejanza del Padre y para su mayor gloria.

## Rezar el Oficio divino es pronunciar a Cristo



Rezar el Oficio Divino es pronunciar a Cristo, imitando a Dios Padre quien le pronuncia eternamente. Decir el Oficio divino es, en cierto modo, participar íntimamente de la acción continua de Dios Padre que engendra a su Hijo -Nunc et Hic- “Ahora y aquí”, eternamente.

¿Habría algo más grande, más hermoso, más conmovedor que esta realidad? Dios por medio del Oficio Divino nos invita a compartir su paternidad divina. ¿Hemos sido alguna vez conscientes de esta grandeza a la cual nos llama el Señor? Sobrepasa nuestras inteligencias. Sin embargo, conviene detenerse sobre esta profunda realidad tan hermosa para enfervorecernos en el rezo del Oficio Divino, rezándolo no con rutina, sino con amor, con gratitud, pidiendo a Dios que nos de algo de sus sentimientos divinos mientras engendra a su Hijo en la eternidad, a fin de que nuestra misteriosa

participación en este nacimiento, o engendramiento, divino y eterno, no esté desprovisto de las disposiciones convenientes de nuestro corazón.

Se deduce después de lo dicho que ofrecer a Dios la alabanza del Oficio Divino es ofrecerle a su Hijo Jesús. Mientras rezo el Oficio Divino estoy ofreciendo a Jesús al Padre. ¿Quién no verá aquí el paralelismo y la semejanza entre Sacrificio de la Misa y el Oficio Divino? Es un tema a desarrollar.

Cristo es la alabanza perfecta a Dios. Pero esta alabanza tiene una variedad infinita de armonías y de sinfonías que traducen la hermosura infinita de Dios. Esta variedad corresponde a los misterios de Cristo, sus perfecciones, sus obras, los episodios de su vida terrenal... Y todas las riquezas de Cristo y sus obras perfectas se unen y encuentran su plenitud de hermosura divina y de perfección en la cumbre del Calvario, donde se consume la obra maestra del Amor misericordioso infinito.

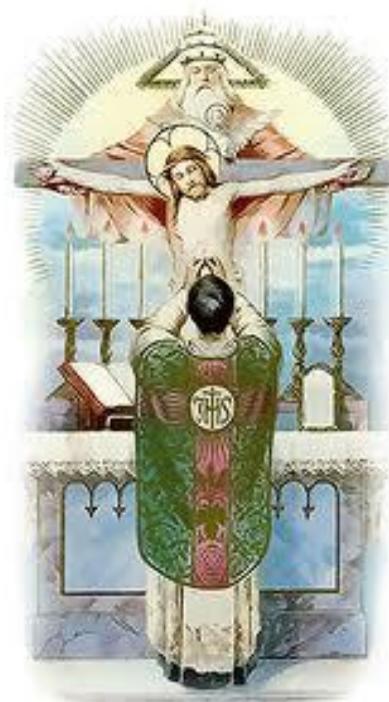
## **Unidad de la Santa Misa y el Oficio Divino**

El Sacrificio de Nuestro Señor en la Cruz -presente en la Santa Misa-, he aquí la alabanza por excelencia cuya melodía roba el corazón de Dios Padre para devolverlo a los pobres hijos de Adán estafados por el demonio.

El Oficio Divino es alabanza perfecta esencialmente en eso: que está vinculado a la Santa Misa. Los sacerdotes a quien la Santa Iglesia encarga ofrecer a Dios la alabanza del rezo del Breviario, no deben mirarlo simplemente como un deber más de su sacerdocio. No deben, por ejemplo, ver la Misa de un lado, y, después, el Breviario de otro lado, el apostolado de otro lado... No. Hay una profunda unidad, sobre todo, entre la Misa y el Oficio Divino. Estos dos principales deberes del

sacerdote -y también sus mayores dichas y glorias en la tierra- ha de considerarlos bajo una misma y sola mirada.

Por el Oficio Divino, el sacerdote ofrece el Verbo eterno, Cristo, la alabanza perfecta, a Dios Padre; también por la Santa Misa el sacerdote ofrece a Cristo a Dios Padre –aquí sacramentalmente. Por la Santa Misa, sacrificio de alabanza por excelencia, el sacerdote ofrece a Dios Padre la Víctima de adoración, de expiación, de acción de gracias y de intercesión y petición.



En el rezo del Oficio Divino también de encuentran estos cuatro fines: tanto en las disposiciones con las cuales hay que rezar el Breviario, como en las palabras mismas que componen el Oficio divino.

Pero hay más, en la Santa Misa es Cristo -Sacerdote y Víctima- quien se ofrece a Sí mismo a su Padre celestial, sirviéndose del sacerdote. En el Oficio Divino también es Cristo quien actúa por medio del sacerdote, es Cristo quien se ofrece a Sí mismo a su Padre celestial por medio del sacerdote. Pues Cristo, el Verbo de Dios, es la alabanza perfecta que Dios se da y se devuelve a Sí mismo en un reflejo perfecto de la Hermosura divina.

¡El Oficio Divino, la liturgia, es Cristo!, pues Él es el culto que debemos a Dios.

En la Santa Misa y en el Oficio Divino es Cristo quien se ofrece a Sí mismo a su Padre celestial por medio del sacerdote. Los sacerdotes son los que han recibido oficialmente por parte de la Iglesia esta dignidad y este honor de servir de instrumentos entre las manos de Cristo para sus mayores obras divinas. Pero no sólo instrumentos, sino que son otros Cristo, quienes con Él, como Él, por Él y en Él, han de ofrecerse también a sí mismos al Padre celestial como hostias de alabanza perfecta.

Ya se ve la unidad que hay entre el sacrificio de alabanza perfecta que es la Santa Misa y la alabanza del Oficio Divino. Los dos dicen, por así decirlo, los dos son Cristo, de un modo diferente, claro está; los dos ofrecen a Cristo a Dios Padre. En la vida del sacerdote no se pueden separar el Breviario y la Santa Misa, pues el Oficio Divino es como el precioso relicario del joyero de la Santa Misa, y es este hermoso joyero el que hemos de regalar a Dios y que le es debido: el tributo de adoración, de acción de gracias, de reparación, de petición. La alabanza perfecta que es Cristo.

Este honor, esta dignidad que son el Breviario y la Santa Misa, la Santa Iglesia lo ha encargado de un modo especial a los sacerdotes. Y es que Cristo entregándose a su Esposa, que es la Iglesia, le entrega al mismo tiempo su propia

alabanza: la que Él mismo da a su Padre celestial. Y Él mismo es esta alabanza perfecta a Dios, como ya hemos dicho. La liturgia es, entonces, la oración oficial de la Iglesia, también la oración propia de la Iglesia, pues es Cristo quien entregándose a su Esposa, se la ha confiado -esta oración- de un modo particular e íntimo.

## Elementos del Oficio divino

Si consideramos otros elementos del Oficio divino, seguiremos apreciando cada vez más su excelencia y nos veremos cada vez más ayudados a realizarlo con fervor y mucho amor.

- Esta alabanza es perfecta: es la oración oficial de la Santa Iglesia, es inspiración divina. Es de Dios. Lleva la presencia de Dios y vuelve a Dios conduciéndonos con ella a Dios.
- También es perfecta por su composición: la Palabra de Dios -o sea, el Oficio divino está compuesto por la Palabra de Dios-.
- También es perfecta por la disposiciones que ella misma comunica -o sea, esta alabanza perfecta del Oficio Divino nos invita a rezar con sentimiento de humildad, de amor, de confianza, de perseverancia...-.
- También es perfecta porque nos lleva a decir y a pedir a Dios todo lo que hay que decirle y pedirle, o sea, orienta la elevación de nuestro corazón a los mismo cuatro fines del Sacrificio de la Misa: la adoración -*adorabimus in loco ubi steterunt pedes ejes*- postrémonos ante el estrado de sus pies. Sal. 132,7b. *Adorate eum omnes*

*Angeli ejes. Audivit et laetata est Sion-* ante Él se postran todos los dioses. Sión lo oye y se alegra. Sal. 97, 7b,8a. La acción de gracias - *Benedic anima mea Domino. Et noli oblivisci omnes retributiones eius-* Bendice alma mía al Señor, no olvides ninguno de sus beneficios. Sal. 103, 2. *Benedicam dominum in ovni tempore; semper laus eius in ore meo-* Bendigo al Señor en todo tiempo; su alabanza está en mi boca de continuo. Sal. 34, 2. La expiación y reparación -*Tibi sacrificabo hostiam laudis, et nomen Domini invocabo-* Te ofreceré un sacrificio de acción de gracias, e invocaré el nombre del Señor. Sal. 116, 17. *Sacrificium Deo spiritus contribulatus, cor contritum et humiliatum Deus nos despicias-* El sacrificio grato a Dios es un espíritu contrito: un corazón contrito y humillado, Dios mío, no lo desprecies. Sal. 51, 19. Y la petición y la intercesión -*Et factus est Dominus refugium pauperi; adiutor in opportunitatibus, in tribulatione.* El Señor es refugio del oprimido, refugio en los tiempos de angustia. Sal. 9, 10. *Et sperent in te qui noverunt nomen tuum, quoniam non dereliquisti quaerentes te, Domine.* En Ti, ¡Señor!, confían los que reconocen tu Nombre, pues no abandonas a los que buscan. Sal. 9, 11.

O sea, Cristo nos presta sus propios sentimientos para alabar y honrar dignamente a su Padre celestial. Y más todavía, en el Oficio Divino no sólo Cristo nos presta sus propios sentimientos y trata de hacer que vivan en nosotros sus propios sentimientos, sino que es Cristo mismo quien reza por nosotros. Por eso el Oficio Divino tiene una acción transformante, tiene una eficacia especial en la obra de

santificación; pues nos hace rezar y sentir como Cristo, y lo que es más todavía: permite a Cristo sentir y vivir –si oblación de alabanza- en nosotros. De aquí se deduce fácilmente, que por el Oficio Divino, Cristo va tomando posesión de nosotros.

Si esto vale para quien reza el Oficio Divino con piedad y devoción, mucho más vale para los sacerdotes a quienes la Santa Iglesia ha encargado oficialmente llevar esta alabanza perfecta a Dios, por el rezo del Breviario.

### **Alabanza perfecta de la Santa Misa y del Oficio Divino**

De nuevo aquí hay que hacer un paralelismo entre el sacrificio perfecto de alabanza que es la Santa Misa y la alabanza, también perfecta, del Oficio Divino en la vida del sacerdote. En la Santa Misa Cristo toma posesión del sacerdote de tal forma que éste desaparece en Cristo y actúa en *Persona Christi*.

En el Oficio Divino pasa algo similar -con las debidas proporciones-, el sacerdote -por ser delegado por la Santa Iglesia, por Cristo en definitiva, para alabar a Dios con las palabras de Cristo y sus sentimientos divinos- desaparece en Cristo y actúa en *Persona Christi*.

O sea, en la Santa Misa y especialmente en la consagración, el sacerdote puede pensar: “ya no soy yo, sino Cristo-Sacerdote y Víctima quien se ofrece a su Padre celestial”; pero así puede y debe pensar el sacerdote cuando reza el Breviario: “ya no soy yo, sino Cristo-Sacerdote y Víctima quien se ofrece en sacrificio de alabanza perfecta a su Padre celestial”.



¡Qué divinidad, qué honor y qué poder para el sacerdote que se deja así invadir por Cristo, que se deja así poseer por Cristo y transformar en Él! Y se ve que la Santa Misa y el Oficio divino son inseparables en la vida del sacerdote y son inherentes a su misión de intermediario entre el Cielo y la tierra. Un sacerdote, por las circunstancias, puede dejar de predicar, de catequizar, de organizar cofradías o retiros, etc., pero al mismo tiempo vivir en plenitud su sacerdocio: mientras sigue fielmente celebrando la Santa Misa y rezando el Breviario. Pero, si no celebra la Misa ni reza el Breviario, este sacerdote está disminuido en su misión, ya no es tanto intermediario entre los cielos y la tierra, su acción y oración personales pierden su eficacia sobrenatural.

Evidentemente, no estamos hablando aquí de los sacerdotes encarcelados que no pueden celebrar, ni rezar el Oficio. Ni tampoco de los que, clavados en la cruz del lecho por enfermedad, no pueden, a pesar suyo, ni celebrar ni rezar el Breviario. En ambos casos aquel martirio, querido por Dios,

unido al de Cristo, suple –y reemplaza, se podría decir- al rezo del Oficio Divino y a la celebración de la Santa Misa.

¿Por qué un sacerdote que abandonó el Breviario y la Misa es un sacerdote disminuido? Un sacerdote, por ejemplo, que abandona el Breviario para dedicarse más al apostolado, ¿por qué pierde eficacia sobrenatural en su misión? ¿Por qué ya no es tan intermediario entre cielos y tierra? Es que, entre todas las actividades del sacerdote, entre todo lo que un sacerdote puede emprender y hacer, no hay como la Santa Misa y el cumplimiento del rezo de Oficio divino, para que Cristo tome posesión del sacerdote.

O sea, si el sacerdote es otro Cristo, lo es más que nunca cuando celebra la Santa Misa y reza el Breviario. Eso es porque no sólo ofrecer alabanza perfecta a Dios Padre es oficio propio de Cristo, sino que Él mismo es este sacrificio de alabanza perfecta a Dios. Así que en la Santa Misa y en el rezo del Oficio divino, Cristo se une más íntimamente con el sacerdote, y actúa más íntimamente con él para la gloria del Padre celestial; y mucho más que en cualquier otra actividad suya, ya sea predicar, catequizar a los niños, o lo que sea.

En tales actividades sacerdotales es fácil dar más lugar al hombre que a Dios. Es decir, es la persona del sacerdote que actúa más, representando a Cristo claro, pero como hombre. En la Misa, o en el cumplimiento del rezo del Oficio divino, Cristo ya no quiere dejar tanta libertad al hombre que está en el sacerdote, sino que Él mismo, Cristo, quiere tomar todo el lugar, porque se trata de tratar con Dios Padre en la forma que hay que tratarle, esto es, por el sacrificio de alabanza perfecta que Él mismo.

Eso explica porque todas estas rúbricas que hay que tener en cuenta la rezar el Oficio divino o al celebrar la Santa Misa. Hay que seguir las rúbricas, y el sacerdote no tiene

libertad para innovar según sus gustos propios; esto sería robar los derechos de Cristo.

Por tanto, la Santa Misa y el Oficio Divino son las acciones más divinas que hay en la vida del sacerdote, en las cuales el sacerdote debe desaparecer lo más posible, para dejar lo más posible a Cristo actuar en él y a través de él. Toda la parte humana del sacerdote debe ceder ante la parte divina que hay en él, de un modo especial por la gracia de la ordenación.

Si cada cristiano lleva a Dios en sí por el estado de gracia, mucho más todavía si es sacerdote, pues por la ordenación sacerdotal le eleva a ser intermediario entre Dios y los hombres, participando del sacerdocio de Cristo. Cristo le tiene preparada una unión tan íntima con Él que el sacerdote está llamado más que nadie a transformarse en Cristo, Sacerdote y Víctima. Jesús le invita a desaparecer cada vez más en Él, a ser uno con Él. Es decir, Jesús le dice al sacerdote: “deja tu parte humana y déjate invadir por la parte divina, déjate invadir por Mí, déjame poseerte totalmente con plenitud, sin obstáculo, sin resistencia”. Y eso, Jesús, lo pide al sacerdote de manera más insistente y más urgente en estos dos oficios, los más grandes que tiene el sacerdote: la celebración de la Santa Misa y el rezo del Oficio divino.

Antes de ser sacrificio del sacerdote, la Misa es el sacrificio de Nuestro Señor, y del mismo modo, antes de ser oración del sacerdote, el Oficio divino es oración de Cristo. Pero, la Misa y el Breviario son sacrificio y oración del sacerdote mientras esté más unido a Cristo, mientras une más su propio sacrificio y su propia oración –como sacerdote y víctima- a los de Cristo. Cristo, por su amor a su Iglesia, ha entregado de un modo especial su sacrificio y su oración personal de alabanza a los sacerdotes, a todos los sacerdotes, claro está unidos a Cristo, pues mayor es la eficacia de los frutos sobrenaturales.

## **El Breviario, la oración de Cristo**

Si el Oficio Divino es la oración oficial de la Santa Iglesia, por ser oración de Cristo, no será oración particular, ni devoción particular del sacerdote. Es oración de Cristo, porque habla de Cristo, nos dice de Cristo con las palabras de Cristo; y lo que es más aún, es Cristo mismo quien reza esta sagrada oración por medio del sacerdote. El sacerdote se vuelve instrumento de oración en las manos de Cristo. Quisiéramos hacer una comparación, quizá un poco ingenua: el sacerdote rezando el Oficio Divino es como un rosario entre las manos de Cristo, el sacerdote se vuelve rosario usado por Cristo, un instrumento de oración del cual Cristo se sirve para rezar al Padre celestial. Y Jesús se complace mucho en usar este rosario de su Corazón, que es el sacerdote.



Se deduce fácilmente que si el Breviario no es devoción particular del sacerdote, sino oración de Cristo, este rezo va a exigir del sacerdote un hermoso desprendimiento de sí, una renuncia de sus gustos personales. Pues no se trata que el sacerdote pida o diga lo que se le antoje, lo que se le ocurra, lo que le venga en gana, en cualquier momento o de cualquier forma, sino que ha de pedir y decir lo que Cristo le mande en los momentos adecuados -horas escogidas por Cristo- y de la manera que Cristo lo mandó –a través de la Santa Iglesia-.

El Oficio Divino es la oración particular de Cristo y no del sacerdote. El sacerdote ha de hacerla suya por su unión con Cristo, uniendo sus disposiciones y sentimientos a los de Cristo; sin olvidar que, ante todo, en el Oficio divino es Cristo mismo quien reza por su boca a Dios Padre. Es decir, en el Oficio Divino se cristaliza, por así decirlo, el trato de Dios con Dios, el trato de Dios-Hijo con Dios-Padre por medio del “lazo de amor” que es el Espíritu Santo. En tal trato, en el rezo del Oficio Divino, no puede estar ausente la actitud amorosa del Espíritu Santo, pues es Él, como dice san Pablo, quien reza por nosotros con gemidos inefables, ya que nosotros mismos no sabemos rezar. Si es el Espíritu Santo quien reza en cualquier alma, quien se dirige a Dios por cualquier oración privada, ¡cuánto más estará presente en la oración del Oficio Divino de cualquier sacerdote! ¡Y cuanto más su papel santificador actuará en el sacerdote que reza el Breviario inflamándole del fuego del amor divino!

El Padre y el Hijo se aman infinitamente y eternamente por el Espíritu Santo. El sacerdote por el Oficio Divino da a Dios Padre, con Cristo y de parte de Cristo, la alabanza perfecta de amor que le es debida. O sea, que por el Oficio Divino el sacerdote entra en las íntimas relaciones de amor que unen el Hijo y al Padre; y esto nos viene a decir que el sacerdote se encuentra en la acción sustancial del Espíritu Santo. Por el Oficio divino –también por la Santa Misa, por

descontado- el sacerdote penetra en la intimidad de las relaciones de amor intratrinitarias. Por tanto, ¡qué poderosísimo medio de santificación representa el Oficio Divino para el sacerdote! ¿Qué mejor manera para el sacerdote, que para santificarse cada vez más, estar así sumergido en las ondas del Amor infinito de Dios y de bañarse así en la fuente misma de toda perfección y santidad, que es la adorable Trinidad? Esto pasa en cada sacerdote bien dispuesto que no pone obstáculo a la obra divina cuando reza el Oficio Divino y celebra la Santa Misa.

Con esto, ¿por qué decir que el Oficio Divino exige una abnegación de parte del sacerdote? Porque aquí tiene el deber de rezar según los gustos de Dios y no según los propios gustos. He aquí que uno está triste al rezar pero le toca cantar según el salmo: *Jubilate Deo omnis terra, ¡servite Domino in laetitia!* Aclamad al Señor tierra entera; servid al Señor con alegría. Sal. 100, 1.

Por el contrario, uno se siente alegre y tiene que rezar: *Quare tristis es anima mea et quare conturbas me?* ¿Por qué te abates alma mía, por qué te me turbas? Sal.42, 6.

O tal día uno está probado por la desconfianza y le toca decir: *In domino confido, quomodo dicitis animae meae: Transmigra in monten sicut passer!* En el Señor me refugio. ¿Por qué me decís: Huye como el pájaro a tus montes? Sal. 11, 1.

Otro día uno estará lleno de tentaciones de orgullo y tendrá que rezar el salmo: *Domine, non est exaltatum cor deum, neque elati sunt oculi mei, neque ambulavi in magnis, neque in mirabilibus super me.* Señor, mi corazón no se ha engraido, ni mis ojos se han alzado altivos. No he marchado en pos de grandezas, ni de portentos que me exceden. Sal. 131, 1.

Y se podrían multiplicar los ejemplos indefinidamente, y es que el Oficio Divino no tiene nada que ver con la oración

privada, no es oración privada del sacerdote, es la oración sagrada de Dios a Dios, de adoración, de reparación, de acción de gracias, de intercesión a favor de los hombres. Es la oración sagrada, la alabanza digna y perfecta que Dios se ha preparado a Sí mismo, hasta el fin de los tiempos, entre los hombres. Todo lo que se dice del Oficio Divino hay aplicarlo con más razón a la Santa Misa.

“Dios se ha escogido una alabanza propia entre los hombres” -Sal. 8-. Tal alabanza es la que quiere recibir en la tierra y de la forma que Él mismo ha inspirado a su Iglesia. “Oración de Dios entre los hombres”. Se han de usar -a pesar de ser divina- “medios humanos”. Oración compuesta con palabras humanas, frases, expresiones humanas... manifestando los sentimientos humanos también. Todos los sentimientos humanos.

Esta oración del Oficio Divino presenta a Dios todos los sentimientos humanos y todas las necesidades materiales y espirituales de los hombres. ¿Por qué es así, si es oración de Cristo, oración de Dios? Porque precisamente Cristo se hizo hombre y quiso ser uno entre nosotros, excepto en el pecado. Cristo conoció y vivió todas las necesidades, dificultades y sufrimientos de los hombres y por eso puede rezar en nombre nuestro con más amor, por su conocimiento experimental de la vida del hombre. Esta experiencia humana no añadió nada a su perfección divina, claro que no, pero sí nos añade mucho a nosotros en la manera de recibir y de percibir, y en consecuencia, de responder al amor de Dios hacia nosotros. Pues, como es lógico, nos sentimos más amados por un Dios que quiso hacerse uno entre nosotros, compartiendo nuestros sentimientos, y lo que es más, un Dios que tanto quiso sufrir para redimirnos.

El Oficio Divino es una oración verdaderamente divina y verdaderamente humana. Como es Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Expresa sentimientos divinos y

sentimientos humanos. Expresa todas las necesidades espirituales y temporales de todas las etapas de la vida del hombre: Y está dirigido siempre a lo esencial que es la gloria de Dios. En una palabra, el Oficio Divino es una oración completa, una oración universal. Es la oración de Cristo, alabanza perfecta, o mejor dicho, el Oficio Divino ES CRISTO HECHO ORACIÓN.

De manera que si uno ve a un sacerdote que le hace esperar con el fin de terminar el Oficio Divino que está rezando, lejos de pensar que tal sacerdote se deja llevar por el egoísmo hay que dejarse edificar por la obra de caridad perfecta –rezando por las necesidades de todos los hombres y para la mayor gloria de Dios- que está cumpliendo con tanta abnegación. El rezo del Oficio Divino, con y después de la Santa Misa, es el mayor deber del sacerdote. Decimos “con y después de la Santa Misa” porque la Santa Misa es en cierto modo, también Oficio divino, es el Oficio Divino por excelencia: Sacrificio de alabanza perfecta.

La Santa Misa y el Oficio Divino son como la esencia de la misión del sacerdote; ofreciéndolos a Dios con Cristo y por Cristo, el sacerdote ha de llegar a ser él mismo -como Cristo y en Cristo- alabanza perfecta a Dios Padre.

## **Salmo 108**

Pero tanto hablar de la excelencia del Oficio Divino, ¿se dejará en silencio las dudas que puedan surgir -descubriendo en esta oración que sabemos es perfecta- algunos sentimientos que no parecen conformes al espíritu cristiano? En efecto, más de una vez en el Oficio nuestros labios se ven obligados a pronunciar sentencias y deseos que parecen están directamente en contra de la caridad. Y mientras en el Evangelio Jesús nos

manda amar a nuestros enemigos, en el Oficio Divino nos invita, más de una vez, a sentimientos de venganza, a veces muy duros, que parecen contrastar demasiado con la humildad y mansedumbre de corazón a la cual nos invita, imitándole, el Misericordioso Jesús.

El Salmo 108 que se reza cada sábado en la hora nona, es el Salmo que contiene la mayor cantidad de estos sentimientos de venganza, tanto es así que podríamos estar tentados de llamarlo “el salmo de la venganza”. Basta leerlo una vez para ver que sin matices de dulzura se desean todos los males posibles a los enemigos, hasta parece se desea su condenación eterna cuando se dice: *Et diabolus stet a destris eius. Cum iudicatur, exear condemnatus.* “Que un acusador esté a su derecha. Cuando sea condenado que salga culpable” v.6b-7a.

Meditemos en lo consideramos un plan sobrenatural que consideramos gravita sobre el salmo.

No vamos a preguntarnos, ¿qué males se desea a los enemigos en el salmo 108? Pues se podría contesta: ¿qué males no se desean e los enemigos en este salmo? En este salmo reza un hombre que sufre mucho de parte de uno o muchos enemigos.

¿Quién es este hombre? Es Cristo. Y es cada miembro de su Cuerpo Místico. Ya que somos de Cristo, tenemos como Él y por Él, muchos enemigos. Él mismo nos advirtió: “El siervo no es más que el maestro”. Jn.13, 16. Como Cristo, el discípulo sufre y ha de sufrir persecuciones, calumnias, injusticias... *os dolosi super me apertum es. Locuti sunt adversum me lingua dolosa.* “con lengua mentirosa hablan de mí. Me hablan con lengua engañosa.”v.2b-3a. *Et sermonibus odii circumdederunt me...* “Me rodean de palabras odio”. v. 3a.

Cristo ha sufrido injustamente y, por su amor, recibió odio por en pago de parte de los hombres. Le han combatido,

ultrajado, matado injustamente. *Pro eo ut me diligebant, dertrahebant mihi; Ego autem oraban.* “En pago de mi amor me maltrataban, y yo no hago más que orar”.v.4. *et expugnauerunt me gratis.* “Y me combaten sin causa”.v.3b. *Et posuerunt adversum me mala pro bonis, et odium pro dilectione mea.* “Me vuelven mal por mal y odio por amor”. v.5.

Nosotros, miembros de Cristo, nunca sufriremos del todo injustamente, pues somos todos pecadores y merecedores de castigo; pero, sin embargo, “algo” de estos sufrimientos injustos de Cristo hemos de sentir un día u otro para parecernos a Él. Eso es inevitable.

El salmo sigue ahora con estas sentencias de venganza en las cuales se desea toda clase de males para los enemigos.

En la primera parte del salmo se reflejan las acciones de los enemigos, toda la maldad que realizan. En la segunda parte, la de las sentencias de venganza, se profundiza más descubriendo la fealdad del interior de los enemigos, de sus corazones endurecidos, pues persiguen al pobre, al sin recursos, al que ya está sufriendo, probado en el dolor, para matarle.

Aman la maldición, o sea aman los asuntos del demonio -v.17a-, y no quieren la bendición que se alejará de ellos -v.17b-. No aman las obras de Dios, no quieren su favor, su amistad, su amor. Por esta razón, Dios se apartará de ellos, pues Él no fuerza a nadie y respeta la voluntad del hombre. Y el salmo insiste: el enemigo se ha revestido de la maldición como de un vestido -v.18a-. Mientras el cristiano por la gracia del Espíritu Santo se viste de Cristo, aquel infeliz se viste de maldición, o sea, se viste del demonio.

Y aún peor, no sólo está vestido de maldición sino que ésta penetra en él, ¡como aceite hasta sus huesos! *Et intravit sicut aqua in intiora eius, et sicut oleum in ossibus eius.* -

v.18b. De aquí que del pecado del que se está hablando es del pecado contra el Espíritu Santo, aquel pecado por el cual dice Jesús: “no se perdonará ni en esta vida ni en la otra”. Mt., 12, 32.

Estamos ante el pecado de los firmemente y voluntariamente convencidos de su actitud, de la dureza de su corazón. De los que ven y no quieren ver, de los que oyen y no quieren oír. Ellos, con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, han dicho NO a Dios, y no quieren cambiar por nada del mundo. Y porque voluntariamente han rechazado definitivamente la Misericordia de Dios, se encontrarán inevitablemente son su Justicia.

Profundizando poco a poco en la meditación de este salmo aparece la santidad de los sentimientos que en él se encuentran e inspiran. Primero, el alma al verse oprimida injustamente por sus enemigos, ha rezado por ellos: *Pro eo ut diligerent, detrahebant mihi; Ego autem orabam*. “Me acusan en pago a mi amor, mientras yo persevero en la plegaria”. v.4.

Pero no hay nada que hacer, están endurecidos en el mal, escogiendo la maldición por herencia: *Et dilexit maledictionem, et veniet ei*. “No quiso la bendición, que se aleje de él”.v.18a. *Et induit maledictionem sicut vestimentum*. “Se vistió de maldición como de un manto”.v.17b.

Entonces, en segundo lugar, remitiendo al Señor la suerte de estos endurecidos, el alma pide al Señor la Misericordia de su Justicia. Conclusión de las sentencias: Es así que el Señor castigará a los que me calumnian y que profieren el mal contra mi alma. v.20. Pero tú Señor defiéndeme por causa de tu Santo Nombre porque tu Misericordia está llena de dulzura. v.21. Y es que hacia los justos la Justicia del Señor es hacerles Misericordia; y hacia los malos, la Misericordia del Señor es ejercer la Justicia.

Y el Señor hará brillar su Misericordia hacia los justos ejercitando su justicia hacia los malos. Los malos no quieren de Dios, no quieren de su Amor, no quieren de su Misericordia, pues bien: el Señor escuchará sus deseos perversos y no les dejará ver el consuelo de su Amor infinito.

En la tercera parte del Salmo, el justo expone en detalle sus penas a causa de sus enemigos y pide justicia y misericordia, y termina en un acto de confianza y de alabanza hacia la bondad del Señor. Por tanto, este Salmo nos eleva, igual que los otros, a sentimientos santos y perfectos, pues orienta nuestra alabanza, que debemos al Señor, glorificando, a la vez, su Justicia y Misericordia infinita. Un dios sin Justicia, no se sería un dios bueno y, en consecuencia, no sería dios. Un dios sin justicia sería débil y entonces tampoco sería Dios.

Los malos endurecidos quieren a toda costa el mal y rechazan la gracia. Es lo mismo que si dijéramos: los malos endurecidos han elegido al diablo y el infierno, quieren, en consecuencia, sufrir la Justicia de Dios y rechazar su Misericordia infinita.

Dios nos da la libertad, les escucha y los entrega a sus malos deseos. Quieren que la Justicia divina se ejecute y sea glorificada, no hay ninguna mala disposición en esto, todo lo contrario; pues la Justicia de Dios, como todas las perfecciones divinas, merece también su alabanza. -Ya hemos notado anteriormente que primero, antes de pedir justicia, se ha pedido por los enemigos: *ego autem orabam*. “mientras yo persevero en la plegaria”.v.4-

Por otra parte, se ve las disposiciones santas de este Salmo. El alma, víctima de las calumnias e injusticias causadas por sus enemigos, reza por ellos, no los quiere castigar ella misma, sino que los remite al Juicio de Dios. “Esta sea, de parte del Señor, la paga de mis acusadores”. v.20. “Que soy un

pobre y necesitado y mi corazón está herido en lo más íntimo”.v.22.

Muestra, el alma, su abandono y su firme confianza en el poder del Señor y de su Misericordia infinita. *Adiuva me, Domine deus meus, saluum me fac secundum misericordiam tuam.* v.22. “Socórreme, Señor, Dios mío, sálvame por tu misericordia”. *Et sciant quia manus tua haec, et tu, Domine, fecisti eam.*v.27. “Sepan que ésta es tu mano, que Tú, Señor, has hecho estas cosas”.

Y en esta confianza inquebrantable en Dios en medio de las pruebas y sufrimientos, el alma se una con Él adorándole y alabándole: *Confitebor Domino nimis in ore meo, et in medio multorum laudazo eum. Quia astitit a dextris pauperis, ut salvan faceret a persequentibus animam meam.*vv.30-31. “Yo daré a boca llena muchas gracias al Señor, lo alabaré en medio de la multitud, pues se alza a la diestra del necesitado, para salvar su alma de los que le juzgan”.

## ¿Monotonía en el rezo del Oficio Divino?

Después de confirmar la santidad del Salmo 108 y del Oficio Divino en general, uno quizás objetará su monotonía. Rezar siempre lo mismo, de la misma manera, ¿no lleva inevitablemente a la rutina? No hay ninguna rutina para quien ama. Y cuando se trata de amar a Dios, menos todavía. El error nuestro es de no querer bastante descubrir más al Señor. Creemos que le conocemos y nos contentamos, más o menos, de este pobre conocimiento tan limitado. Cuando se ama de verdad, se busca conocer, descubrir cada vez más a quien se ama par unirse cada vez más y con mayor intimidad con la persona amada.

Dios es toda perfección infinita. Nunca acabaremos, ni siquiera en toda la eternidad, de descubrir sus perfecciones y sus hermosuras, ya que Él mismo es la hermosura perfecta. Al contemplarle siempre, en el tiempo y en la eternidad, nunca agotaremos la inmensa variedad de sus virtudes.

Cristo es la imagen perfecta de Dios Padre, reflejo tan exacto de Dios, que es Dios mismo. El Hijo recibiendo todo de su Padre celestial es, en consecuencia, una armonía de perfección, de hermosura, de poder, de virtudes sin límites y sin fin. Por esto se entiende el grito de san Agustín: *¡Cristo, Hermosura tan antigua y tan nueva!* Pues contemplando a quien no tiene comienzo ni fin nunca acabaremos de encontrar y de descubrir algo que nos parezca nuevo y que no habíamos descubierto antes. Sí, cada día podemos descubrir algo nuevo en el Señor si le amamos de verdad y le buscamos de verdad, pues muy limitados somos mientras Él es infinito. Nos colmará entonces de sobra con suma facilidad.

Los obstáculos suelen venir de nosotros, porque no queremos bastante, no buscamos con amor, no nos esforzamos, ni tampoco tenemos la humildad y la confianza para dejarnos hacer por el Señor. Él mismo nos invita a descubrir sus grandezas divinas para alegrarnos de ellas con Él, nos estimula a admirarlas para gozar de sus hermosuras. Esta invitación, Él mismo, el Dios admirable y tres veces Santo, la ha puesto en las alabanzas que Él mismo se ha escogido del Oficio Divino.

Así cuando pone en nuestros labios: *Cantate Domino Canticum novum, Cantate Domino omnis terra.* Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, la tierra entera. Sal. 96, 1.

*Cantate Domino canticum novum, quia mirabilia fecit.* Cantad al Señor un cántico nuevo porque ha hecho maravillas. Sal. 98, 1. *Cantate ei canticum novum.* Cantadle un cántico nuevo. Sal. 33, 3a.

## La Santa Misa y el Oficio Divino invitan a ofrecer a Dios un “cántico nuevo”

El Señor a través del Oficio Divino, y en general en la Sagrada Escritura, nos invita a ofrecerle un “cántico nuevo” y un cántico siempre renovado, un cántico espontáneo, fresco, que acaba de nacer de nuestro amor rejuvenecido por Él, un cántico nuevo que brota de nuestro corazón cada mañana, o en cada instante, como las flores nuevas salen de la tierra cada día para alegrar nuestra vista y glorificar a Dios.

¡Sí!, este cántico a la Majestad de Divina siempre puede, y ha de ser nuevo, pues siempre podemos descubrir más las maravillas de Dios y cada una de sus virtudes. Por eso nuestra admiración, nuestra alabanza siempre tendrá materia para dar gloria al Señor, siempre podrá renovarse cada día y cada mañana, como el sol nace en el horizonte siempre dando colores nuevos sobre los paisajes.

Pero nuestro cántico al Señor se renueva cada día no sólo porque nuestra admiración y nuestra alabanza se renuevan cada día al descubrir más sus maravillas, sino que al rezar el Oficio Divino, ofrecemos a Cristo como alabanza perfecta a Dios Padre. Precisamente Cristo es el cántico nuevo de Dios. Cántico divino siempre nuevo, por la Juventud divina eterna, Cristo Dios sin comienzo ni fin. El *hic et nunc sempiterno*, la Hermosura inalterable, el *hodie* permanente, el cántico inefable que refleja todo un Dios en plenitud. Cristo es el *canticum novum* que cantamos a Dios, Cristo es el *canticum novum* que Dios Padre quiere recibir de nosotros, Cristo es el *canticum novum*, el único digno del Señor.

“Oh, Cristo hermosura siempre antigua y siempre nueva”.

El sacerdote al rezar el Oficio Divino debe elevar su alma -por lo menos con regularidad- a estas consideraciones, e igualmente, y con más razón, debe celebrar la Santa Misa. Pues como dice la Imitación de Cristo -Libro IV. Cap. II- “Así te debe parecer tan grande, tan nuevo cuando celebres u oyes Misa, como si fuese el mismo día en que Cristo, descendiendo en el vientre de la Virgen, se hizo hombre, puesto en la cruz padeció por la salvación de los hombres”.

Ya lo sabemos, no hay dos sacrificios. Pues el sacrificio de Cristo en el Calvario y el de la Santa Misa forman un solo sacrificio. Es el mismo sacrificio. Sólo hay dos expresiones de una misma realidad -cruenta e incruenta-. En la Misa Nuestro Señor no recibe una nueva inmolación, pues no es una inmolación distinta de la Cruz, en el Calvario. La Santa Misa es el sacrificio de Jesús en la Cruz, pues los dos corresponden a Una sola y misma realidad.

Simplemente, la Santa Misa permite hacer actual y presente, en algunos tiempos y lugares determinados, a nuestras pobres limitaciones humanas lo que, a la vez, se realizó en el tiempo y en un lugar determinado; y que por ser acto divino, conoce -tiene- una “medida” de eternidad y de infinito.

El Calvario y la Misa, Sacrificio único de Cristo, es el Sacrificio Divino y en consecuencia: Sacrificio eterno, siempre actual, siempre joven, siempre nuevo, siempre eficaz. He aquí el “canticum novum” por excelencia que cantamos a Dios, el del Cordero inmolado, es la oración, la alabanza, el Oficio Divino que el Señor espera de sus sacerdotes, pues así dice el Apocalipsis, 5, 8-10: *Quando abrió el libro los cuatro seres vivos y los veinticuatro ancianos se postraron ante le Cordero, con una cítara cada uno y con copas de oro llenas de*

*perfumes, que son las oraciones de los santos. Cantan un cántico nuevo: Eres digno de recibir el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste inmolado y con tu sangre compraste para Dios gente de toda tribu, lengua, pueblo y nación. Y los hiciste un reino de sacerdotes para nuestro Dios y reinarán sobre la tierra.*

He aquí nuestro “canticum novum” a Dios. Nuestro canto nuevo es Cristo que se da a través de nosotros, a través de nuestros corazones, a través de nuestras almas, a través de nuestros labios durante el rezo del Oficio Divino a su Padre Celestial. Nuestro “canticum novum” es Cristo, Cordero inmolado que se inmola por nosotros, por medio de sus sacerdotes -y todos los cristianos participamos de manera espiritual del sacerdocio de Cristo-, Cordero inmaculado que se inmola a su Padre celestial como sacrificio de alabanza perfecta. Hostia de adoración, Hostia de acción a gracias, Hostia de reparación, Hostia de oración perfecta.

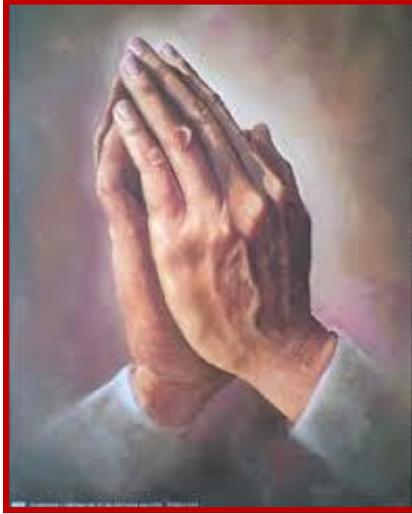


El amor y la veneración que llevan al sacerdote al altar cada día para celebrar la Santa Misa, han de llevarle también a cumplir con suma devoción el rezo del Oficio Divino. Estos son los dos grandes actos de la vida del sacerdote. Su misión incluso podría reducirse o resumirse principalmente en estos puntos esenciales de su vida. Porque es allí, en la Santa Misa y en el Oficio Divino, donde el sacerdote se identifica con Cristo, allí donde da a Cristo a las almas, allí donde él se identifica más auténticamente con Cristo.

Cristo, que es la Hostia de alabanza perfecta, quien se inmola a su Padre celestial, es precisamente eso que vive el sacerdote en directo cuando celebra la Santa Misa y reza el Oficio Divino -respetando que en el primer caso, la ofrenda es sustancial y en el segundo no, claro está-.

### **El Oficio Divino, oración santa**

¿Quién no verá, después de todo lo dicho, que la Santa Misa y el Oficio Divino son los dos medios más grandes, más poderosos, más eficaces para la santificación del sacerdote? Es verdad que la Misa sea el centro de la vida del sacerdote, que ésta sea santa y que sea el medio por excelencia de santificación del sacerdote, es evidente para todos; pero habrá quien no vea tan evidente que lo sea el Oficio Divino. Sin embargo, así es, después de la Santa Misa, nada santifica al sacerdote como el Oficio Divino.



El Oficio Divino es la oración oficial de la Iglesia porque es la oración de Cristo. El Oficio Divino es Cristo hecho oración. El Oficio Divino es oración viva, oración divina, oración santa. Santa porque es inspirada por Dios, santa porque habla de Dios, santa porque es Cristo quien la ofrece, santa porque es Cristo quien la reza en nosotros por medio del Espíritu Santo. El Oficio divino es oración santa porque es Dios quien habla con Dios, santa porque es Dios quien se ofrece a Dios para los hombres, santa porque es Cristo quien se ofrece en sacrificio de alabanza perfecta a su Padre celestial.

El Oficio Divino es oración santa porque viene de Dios y vuelve hacia Él, santa porque está dirigida a Dios, santa porque no tiene otra razón de ser que Dios mismo, santa porque santifica a los hombres, santa porque nos hace compartir íntimamente los mismos sentimientos del Corazón de Cristo. Santa porque permite a Cristo sentir y vivir en nosotros, santa porque por ella el hombre desaparece, deja todo el lugar a Cristo.

Santa porque no sabemos nosotros rezar, pero ella -la oración del Oficio Divino- es el Espíritu Santo que reza en nosotros “con gemidos inefables” -Rom., 8, 26. Oración santa porque lleva al puro desinterés de sí mismo en un movimiento de caridad perfecta hacia Dios y hacia los hombres. Santa porque es oración de caridad universal dirigida directamente a la mayor gloria de Dios. Santa porque eleva el alma a lo largo del día hacia el mundo sobrenatural poniendo delante de nuestros ojos lo único esencial. Santa porque está llena de las riquezas espirituales y de los dones de Dios. Santa porque nos comunica a Dios y nos comunica con Dios.

El Oficio Divino: oración santa porque nos da al Señor íntimamente, le hace penetrar en nuestras almas de una manera particular, exquisita, que se asemeja, guardando las debidas proporciones, a su entrada en nuestras almas cuando comulgamos. El Oficio Divino es oración santa porque por ella en realidad hacemos una comunión espiritual, por ella nuestras almas suspiran por Jesús, suspiran por su venida a nuestros corazones, suspiran por estar íntimamente unidos y transformados en Él.

Oración santa es el Oficio Divino porque dice de Cristo, santa es porque por ella pronunciamos a Cristo, viéndonos asociados al acto adorable e inefable del Padre celestial, engendrando a su Hijo adorable en la eternidad, pronunciando su Verbo con el Amor del Espíritu Santo. Oración santa, entonces, y tres veces santa por hacernos penetrar como ninguna otra oración en el seno mismo de la Santísima Trinidad, haciéndonos participar, según nuestras disposiciones, de las relaciones intratrinitarias.

Oración más del Cielo que de la tierra, y por tanto, tiene un “gustillo” y sabor más del Cielo que de la tierra; que como

ninguna otra oración nos acerca a todos los otros miembros del Cuerpo Místico, de la Iglesia purgante, de la Iglesia militante y de la Iglesia triunfante. Oración sublime y perfecta, que como ninguna otra oración nos hace vivir con plenitud la comunión de los santos.

Oración hermosísima y muy digna de nuestra atención y amor, que nos prepara, como el último ensayo de una gran orquesta antes de un gran concierto apoteósico, a cantar en presencia de la Majestad soberana de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo, con todos los Ángeles y Santos del cielo, la sublime liturgia celestial por toda la eternidad.

## **EL OFICIO DIVINO CON LA SANTÍSIMA VIRGEN**

### **Introducción**

Después de Jesús y con Jesús, ¿quién como la Virgen nos dará a saber cómo alabar y honrar a Dios dignamente?

Si Ella mereció recibir en sus virginales entrañas a Aquel que era la Alabanza perfecta a Dios, es porque Ella misma era toda alabanza perfecta a Dios. ¿Quién, en efecto, entre las criaturas de Dios honra y honrará más al Señor con el simple hecho de su existencia? Nadie. Ella, con sólo el hecho de existir, es una alabanza perfecta a Dios, honrándole con sublime esplendor, no en vano Dios la creó inmaculada y Madre de Dios.

Y todos los títulos de la Virgen, sus prerrogativas y todas las virtudes y perfecciones con que Dios la ha adornado y a las cuales Ella ha correspondido, son como tantos acordes, tantas melodías celestiales y sinfonías divinas que encantan infinitamente al Corazón de Dios. Ella es toda alabanza divina, pues ninguna criatura como Ella refleja así la Hermosura de Dios. Y por ser Ella toda alabanza -hecha alabanza divina- es también “Música de Dios”. Música preferida de Dios, que recrea, deleita, embriaga divinamente a las Tres Divinas Personas de la Trinidad adorable. La Virgen María, que se parece a su Hijo en todo, allí se asemeja también a Él.



Sabemos que los antiguos Padres con mucho gusto llamaban a Nuestro Señor, *Christus musicus*, por ser precisamente Cristo, alabanza perfecta, la música sublime de Dios. No hay nada más hermoso y esplendoroso que este canto, que esta música, pues sus acordes son de puro Amor divino e infinito.

La Virgen también es “Música de Dios”, pero no es otra música. La “Música de Dios” que es Ella hace UNA SOLA con la “Música de Dios” que es su Hijo Jesucristo, en una perfecta armonía.

No hay que querer separar estas dos celestiales melodías, hacen UNA sola melodía perfecta. Jesús-María, he aquí el hermosísimo canto de Dios, esta es la alabanza incomparable, perfectísima del gusto de Dios. Alabanza perfecta, la única digna, la única a la cual es sensible Dios Padre. O sea, Jesús-María es la única alabanza que hace vibrar a Aquel que es TODO AMOR. Jesús-María es la Música de Amor excelentísima cuyo ritmo se armoniza con el palpitar del Corazón de Dios.

## **El Oficio Divino, oración oficial de Cristo y de María**

Con esta introducción se ve cómo no se puede rezar el Oficio Divino sin la compañía de la Virgen. Es más, ya que está tan unida con su Hijo hasta tener un solo corazón con Él, todo lo que se ha podido decir del rezo del Oficio Divino con Cristo y por Cristo, se puede decir también de Ella, por lo menos de una manera espiritual como lo vamos a meditar ahora.

El Oficio Divino es la oración oficial de Cristo, es también la oración oficial de María. En efecto, el Oficio Divino -en el cual entra la Santa Misa, es más la Santa Misa es el corazón que alimenta la vida de todo el conjunto del Oficio Divino-, es la oración, su oración personal, que Cristo a entregado a su Esposa que es la Iglesia. Esta entrega sin embargo tiene un sentido profundísimo, no es cualquier entrega, no es un sencillo regalo que un esposo puede hacer a

su esposa. No. Pues si sabemos que el Oficio Divino es Cristo mismo, es Cristo hecho oración, si sabemos que el Oficio Divino es vivo, es amor y puro don, si sabemos que el Oficio Divino es Nuestro Señor ofreciéndose en alabanza perfecta a su Padre celestial, entonces, entenderemos también que Cristo entregando su oración oficial a la Santa Iglesia, su Esposa, es Él mismo quien se entrega a Sí mismo a ella. Es decir, Cristo dando, confirmando, el Oficio Divino a la Iglesia es lo mismo que Cristo entregándose a su Esposa.

Ahora bien, ¿quién personifica con perfección esta santa esposa de Cristo? ¿Quién es el cumplimiento esplendoroso del edificio divino que es la Iglesia? ¿Quién es su modelo sin par y a la vez su realización única, toda brillante de luz de Dios porque es inmaculada? Esposa sin arruga, sin mancha, llena de belleza divina. No hay dos, sólo hay Una, y es la Virgen María.

Nosotros miembros de la Iglesia, es decir miembros de María y miembros de Cristo por María.

Así lo entendemos, el Oficio Divino es oración oficial de la Virgen como lo es de Cristo. Porque Cristo ha entregado su oración –el Oficio Divino, la Santa Misa- a su Esposa, la Santa Iglesia, que está personificada en María. O sea, Cristo entregando el Oficio Divino a la Iglesia es lo mismo que Cristo entregándose a Sí mismo a su Madre.

Hay algo muy hermoso para meditar aquí, se trata de considerar como el Oficio Divino va ha permitarnos entrar en los secretos de los misterios divinos y de vivirlos más afondo, no solamente de una manera exterior por medio de los textos litúrgicos, sino intrínsecamente. Aquí el primer ejemplo: decíamos que Cristo entregando el Oficio Divino a su Iglesia era lo mismo que Cristo entregándose a Sí mismo a su Madre.

Estamos ante el misterio de la Encarnación, donde Cristo de entrega a su Madre penetrando su casto seno, sin romper el sello de su virginidad inmaculada. El cuerpo de María se vuelve morada de Dios, santificado por la presencia corporal de Cristo, como su alma estaba ya santificada por al presencia del Espíritu Santo.

Pero, ¿para qué se entrega a su Madre sino para ofrecerse por Ella a su Padre celestial como primicia del holocausto que Él le ofrecerá en la cruz para la redención del género humano? Aquí contemplamos el ofrecimiento de Jesús a su Padre celestial por María. Esto es el Ofertorio de Jesús-María en el episodio de la Presentación en el templo; otro misterio que el rezo del Oficio divino nos hace penetrar íntimamente, o por decirlo de otra manera, el espíritu de este misterio ha de invadirnos –si nos dejamos hacer- mientras rezamos el Oficio.

Pero será el espíritu de este misterio, o el espíritu de otro misterio, el que animará nuestra oración; pues indefinitiva, rezando el Oficio divino es el Espíritu Santo quien reza por nosotros haciéndonos vivir todos los misterios de la vida de Jesús-María.

Damos otro ejemplo. ¿A caso el sacerdote que está rezando el Oficio Divino no está visitando a su prójimo por la obra de caridad que es la oración? ¿No está llamando Jesús a las almas en silencio y de manera escondida como la Virgen llevaba a Jesús cuando fue a visitar a su prima Isabel para traerle el don de su caridad?

He aquí que toca al sacerdote rezar Vísperas, sin duda corresponde a la hora en la cual llegó la Virgen a la casa de su prima Isabel, que ha reconocido en Ella “la Madre de su Señor”, en quien “se harán grandes cosas porque Ella ha

creído”. He aquí que decíamos que el sacerdote rezando Vísperas, llega al momento conmovedor en el cual debe dejar a la Virgen cantar el *Magnificat* a través de él. El sacerdote entonces presta sus labios a la Virgen. Le presta su alma y su corazón para que sea Ella quien cante con júbilo su *Magnificat* a Dios, como si fuese la primera vez en casa Isabel. Y el sacerdote dirá a María. “Canta, Madre mía, canta tu acción de gracias al Señor, a través mía, por medio de mí, quien te quiere dar y renovar esta dicha tuya de haber sido elegida como Madre del Salvador”. Querer renovar, fomentar siempre más la felicidad del Corazón inmaculado de su Madre celestial, he aquí uno de los gozos del buen hijo que debe ser el sacerdote.

Fijémonos que la Iglesia insiste sobre lo que se acaba de decir, porque mientras se contenta en rezar los salmos y otros cánticos una vez por semana -los 150 salmos se rezan a lo largo de la semana-, el *Magnificat*, el canto de la Virgen, se canta cada día en Vísperas y entonos los tiempos litúrgicos. El *Benedictus* y el *Nunc dimittis* también tiene sus razones de rezarlos diariamente, pero no lo comentamos aquí.

¿Estará presente la Virgen en el Oficio Divino sólo en Vísperas o de una manera vaga, o general, en algunas intenciones o disposiciones con las cuales rezamos el Breviario? No. La Virgen está totalmente presente, a nuestro lado, cuando rezamos el Oficio, como lo está su Hijo. Y Ella reza con nosotros y nos ayuda a rezarlos bien, falta sólo –para que aprovechemos más la ayuda de nuestra buena Madre del Cielo- pensarlo más y tomar conciencia cada vez más de su presencia y ayuda.

## **El Oficio Divino nos habla de María**

El Oficio nos habla de María. Como el Oficio Divino nos habla de Cristo, y Cristo hace uno con María, están tan

unidos, en consecuencia hablándonos de Jesús también nos habla de María. Algunos salmos nos hablan abiertamente de María, o con bastante claridad. Se nota especialmente en los salmos del Oficio de la Virgen. ¿Quién es, por ejemplo, esta Reina vestida de oro a la diestra de Cristo de la cual nos habla el salmo 44, sino María reina quien brilla, como ninguna mujer, de cualidades sin número? Y el mismo salmo precisa que toda la gloria de esta Reina está dentro de Ella. ¿Qué será esta gloria sino la Inmaculada concepción? Y ¿qué es también esta gloria sino Cristo mismo que Ella lleva en su seno, Cristo que es la verdadera dicha y gloria de toda criatura?

Y ¿quien es esta hermosa doncella cubierta de bordados de oro, muy variados, sino la Purísima Virgen María adornada de una variedad sin límite de virtudes más preciosas que el oro y las perlas del mar? *In fimbriis aureis circumamicta varietatibus*. “Brocados de oro es su vestido”. Sal., 44, 14.

Si nos paramos, ahora, en el salmo 45 -oficio de la Virgen, IIº Nocturno- encontramos, por ejemplo, este versículo: *Sanctificavit tabernaculum suum Altissimus*. “La morada santa del Altísimo”. Salm.,45,5. El altísimo no santificó ningún tabernáculo como el seno purísimo de la Virgen María, donde quiso morar en plenitud con su humanidad y su divinidad, y por eso la preparó haciéndola inmaculada. María es el sagrario sin igual de Dios, el templo y santuario que el Altísimo se escogió para Él, para su predilección, el seno inmaculado de María, paraíso de Dios santificado por la plena presencia del Señor. Oasis de paz donde descansa Jesús, jardín de delicias para su Sagrado Corazón. Eso es el seno de María, el tabernáculo del Altísimo.

El versículo siguiente -del mismo salmo 45- sigue hablándonos de María claramente cuando dice: *Deus in medio eius non commovebitur, adiuvabit eam deus mane diluculo*.

“Dios está en medio de ella: no podrá retremblar; al despuntar el alba, Dios la asiste”. Sal., 45,6. En nadie como en María Dios está presente, en nadie, en ninguna criatura como en Ella Dios ha mostrado su poder contra sus enemigos, por eso: “Dios está en medio de ella, no se inmutará, no desfallecerá”. Porque desde la aurora de su concepción, Dios la ha ayudado poderosísimamente, creándola sin mancha, inmaculada, vencedora del demonio: *Adiuuabit eam Deus mane diluculo*. “Al despuntar el alba, Dios la asiste”.

Pero si seguimos todavía este oficio de la Virgen - Maitines- llegamos al Salmo 86, que tanto nos dice de María. *Fundamenta eius un montibus sanctus*. v.1. “En los montes santos están los cimientos”. Primero, ¿qué son los fundamentos de una persona? Pues, sobre lo que descansa toda la manera de ser de una persona. Los fundamentos de una persona van a orientar, a determinar su manera de ser, de actuar, de pensar, de hablar. Si una persona tiene tal-es vicio-os o tal-es virtud-es como fundamento, eso determinará su manera de obrar y de ser.

## **Salmo 86**

Aquí, en el salmo 86, se dice de la Virgen que *tiene sus fundamentos sobre las montañas santas* v.1. Las montañas santas -antes de ser únicamente Jerusalén donde bajo el rey Salomón se construyó- eran para los judíos donde se había ofrecido el culto a Dios. O sea, que desde el primer versículo de este salmo 86, se proclama la excelencia de la piedad de María hacia Dios. Los fundamentos del Corazón de María, lo que la mueve, lo que determina toda su manera de ser, de actuar, repensar, de obrar, es el amor hacia Dios. Su piedad, su devoción al Señor, su consagración a Él por completo, haciendo de todas sus acciones, aun las más pequeñas, actos de

culto a la Divinidad. La vida de María es como un culto continuo a Dios Todopoderoso.

*Diligit Dominus portas Sion super omnia tabernacula Jacob.* v.2. “El Señor ama las puertas de Sión más que todas las moradas de Jacob”. ¡He aquí la montaña santa por excelencia donde mora el Señor! Así lo consideraban los judíos. Nosotros sabemos que Sión designa a la Virgen de un modo especial, -en los salmos, “Sión”, puede tomar también el sentido de designar a la Iglesia, o a cada alma en particular. También a Jerusalén e Israel- pues en Ella Dios quiso fijar su mansión. Y ¿por qué ama Dios las puertas de Sión de un modo especial, con un amor de predilección? Las “puertas” de Sión designan la virginidad de María, su pureza, como nos lo dice el Cantar de los Cantares: “la amada es un jardín cerrado. Cant. 4, 12. -hortus conclusus”. Las puertas están cerradas, pues es el jardín privado de Dios y, entrando en él para tomar sus delicias y recrearse entre las azucenas de las virtudes de María, no rompió el sello de su virginidad inmaculada.

*Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei.* v.3. “¡Grandezas se dicen de ti -¡y tanto!- ciudad de Dios! María es la ciudad de Dios, y cosas gloriosas se han dicho desde los siglos y hasta el fin de los siglos y por toda la eternidad. ¡Sí! Cosas gloriosas han sido dichas, proclamadas y cantadas de la gloriosísima Virgen María, ciudad santa del Señor y obra de amor divino sin igual.

*Contaré a Rahab y Babilonia entre los que me conocen.* v.4. Es María quien habla, su corazón de Madre, tan bondadoso, no olvida a ninguno de sus hijos, los hombres, incluso, de un modo especial a los infieles, pecadores, ingratos.

*Ecce alienigenae et Tyrus et populos Aethiopium hi fuerunt illic.* v. 4. “Filisteas, Tiro y Etiopía han nacido allí”. Es

decir, ellos también están presentes en mi corazón de Madre -*hi fuerunt illic*-.

*Nunquid dicet: Homo et homo natus est in ea.* v.5. “Y de Sión se dirá: este Hombre y aquel han nacido en ella”. ¡Sí! La Iglesia lo declara, y mientras en un versículo anterior se presentó la perfecta virginidad de María -“puertas cerradas de Sión”-, la Iglesia la proclama Madre, Virgen y Madre. *Homo et homo natus est in ea.* “Un hombre y un hombre ha nacido de Ella”. Es decir, ha nacido en su seno sin que a Ella le fuese necesario actuar en contra de la castidad, sin que le fuese necesario recibir intervención de un hombre. Y he aquí que “Un hombre nació de Ella”. Nació de Ella porque lo quiso, porque la escogió desde toda la eternidad. Nació de Ella por obra del Espíritu Santo, sin que Ella hiciera nada, sólo pronunciar su *Fiat*, y con pronunciar su *Fiat*, un Hombre, un Hombre nació de Ella.

Fijémonos, que no dice “un niño nació de Ella”, sino “un Hombre”, y se insiste, “y un hombre nació de Ella”. O sea, este ser que nace de Ella no es como cualquier hijo que se forma en el seno de su madre, no es cualquier niño o criatura, es “un Hombre”. Esto designa la madurez del ser que aparece en su seno, y que es la Sabiduría encarnada.

Pero más todavía por considerar en este versículo. Esta insistencia y repetición de la palabra “hombre” implica, ciertamente, una admiración delante de una obra nueva y maravillosa: un hombre nace en las entrañas de una virgen. Pero hay otro detalle aquí que debe atraer nuestra atención. Y es la repetición de la palabra “hombre”, una vez con mayúscula y la segunda vez con minúscula.

Podemos preguntarnos si es causa de la puntuación, si había, por ejemplo, necesidad de poner una mayúscula después

de los dos puntos. Pero se ve que, al contrario, a lo largo de los salmos, muchas veces -sino casi en cada versículo- encontramos los dos puntos pero seguidos de una minúscula, y pocas veces seguidos de una mayúscula. Esto indica, claramente, que este detalle tiene un sentido. Sabemos que el “hombre” designa a Jesús. Él mismo se dignó llamar a sí mismo el “Hijo del hombre” muchas veces en los Evangelios. Quiso así insistir en su verdadera humanidad. Pero “Hombre”, con mayúscula, designa algo más que su simple humanidad, es decir se refiere a su unión hipostática. “El Hombre” es Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, y por esto se le nombra en primer lugar con mayúscula, porque es Dios encarnado, Dios hecho hombre, es Dios. En segundo lugar, la palabra “hombre” en minúscula se refiere a la humanidad de Cristo.

Y así se explica mejor la repetición de esta admiración: “un hombre y un hombre ha nacido en Ella”. Y el salmo prolonga nuestra admiración y nuestra contemplación de este misterio, añadiendo: *Et ipse fundavit eam Altissimus?* v.5. “El propio Altísimo la erigió”. Es decir, el Altísimo la ha fundado, la ha creado, es Hija y criatura de Dios, y sin embargo Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, ha nacido de Ella. María, a la vez, Hija Dios y Madre de Dios.

El verso siguiente es también muy digno de todo interés, y es muy conmovedor: *Dominus narrabit in scripturis populorum et principum, Forum qui fuerunt in ea.* v.6. “El Señor escribirá en el registro de los pueblos: Éste ha nacido allí”. El Señor toma nota y apunta en sus registros administrados por los Apóstoles –Estarán establecidos sobre doce tronos para juzgar alas doce tribus de Israel, había dicho Jesús-. *Scripturis populorum*, son los registros de Dios. El libro de Vida en el cual todo está inscrito sobre todos los pueblos, el mundo de las almas.

*Scripturis populorum*, es también *Scripturis Principum*, o sea, de los Príncipes, de los Apóstoles, que son los que administran estos escritos divinos según los planes de Dios.

Pero, ¿qué apunta el Señor con tanta atención? ¿De qué toma nota con tanto interés que nos lo quiere indicar aquí, en este salmo? La respuesta: *forum qui fuerunt in ea*. Vamos a meditarlo bien y analizarlo.

El Señor toma nota y apunta en sus registros divinos, en el Libro de la vida, los nombres de aquellos quines estuvieron en Ella, de quienes vivieron en Ella. ¿Quién es Ella? ¡La Virgen, claro! Este salmo está dedicado a Ella.

Fijémonos que acabamos de ver, de leer en este salmo, que Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, había nacido en Ella, en su seno; y ahora se nos dice que conviene que nosotros también debemos estar y nacer en Ella, en su seno, para tener nuestro nombre escrito en el Libro de la vida. Nacer en su seno, vivir en su Corazón como Jesús. Es más, es este templo sagrado y divino de su seno inmaculado, Ella misma dándonos de su misma sustancia maternal, el alimento, la protección, el calor, la morada -como lo hizo con Jesús- nos transformarás en Jesús.

¡Oh, laboratorio divino y sagrado que es el seno purísimo de María! Allí se elabora, por el amor maternal todopoderoso, otros Jesús, a partir de nuestras pobres almas pecadoras. Hay que nacer de nuevo, decía Nuestro señor. ¡Pues sí! Hay que nacer en el seno de María como Él y con Él.

Y son los nombres de aquellas almas felices, que han aceptado este segundo nacimiento, que han querido estar y vivir allí, en este seno bendito de María. Son estos nombres que el Señor apunta con tanto cuidado en el libro de la Vida.

Hermosísima es la conclusión de este salmo 86: *Sicut laetantium omnium habitatio est in te.* v.7. “Y cantarán saltando de júbilo, los que tiene su morada en ti”. Y la antífona -II Nocturno de Maitines, del Común de las fiestas de la Santísima Virgen María- del Oficio de la Virgen precisa: *Sicut laetantium omnium nostrum habitatio est in te, Sancta Dei Genitrix.* “Todos llenos de alegría habitamos en ti, Santa Madre de Dios”. Es nuestra alegría habitar en tu seno, vivir en tu Corazón. Tú que eres Madre de Dios, ¡forma a Jesús en nosotros! Y engéndranos para la vida eterna.

### **Salmo 147**

Con relación a lo que se ha dicho sobre el salmo 87, convendría mencionar otro salmo del Oficio de la Virgen, el 147, -II Vísperas, del Común de las fiestas de la Santísima Virgen María- cuyo versículo 13 dice así: *Quoniam confortavit seras portarum tuarum.* “El Señor a reforzado las cerraduras de tus puertas”. Por eso, *Lauda, Jerusalem, Dominum, aluda Deum tuum, Sion.* v.12. “Alaba, Jerusalén, al Señor; alaba Sión a tu Dios”. Jerusalén y Sión designan aquí a la Virgen a quien felicitamos por el gozo que tiene de ver su virginidad reforzada por el Señor, consagrada a Dios. El Señor mismo ha reforzado las cerraduras de tus puertas, ¡alégrate María! *Lauda Deum tuum Sion!* ¡Huerto cerrado, jardín florido en el que Dios se goza siempre!

Y el mismo versículo 13 añade: *Benedixit filiis tuis in te.* O sea, Dios ha bendecido a tus hijos en Ti, en tu seno, los que habitan en Ti, los que viven en tu corazón inmaculado, los que nacen en tu seno purísimo como Jesús y con Jesús; y que allí están felices porque reciben la bendición de Dios, su mirada de amor y de predilección. Aquí volvemos a encontrar la misma idea del salmo 86: *Sicut laetantium omnium habitatio*

*est in Te.* “Y cantarán saltando de júbilo, los que tiene su morada en ti”.

Y sigue así el salmo; *Qui posuit fines tuos pacem, et adipe frumenti satiat te.* v.14. “El Señor a puesto la paz en tus fronteras te ha saciado con la flor -grasa- de trigo”. Si “las puertas”, “las cerraduras” y “las fronteras” designan la virginidad de María, y ¿Por qué no?, la castidad en general, entendemos que el primer fruto que el Señor da, en recompensa a esta hermosa virtud es el don de la paz: *posuit fines tuos pacem* -a puesto paz en tus fronteras-. La paz del alma, despegada de todo lo terreno y de los afectos desordenados, la paz del corazón, enteramente entregado al verdadero y único bien capaz de saciar sus ansias infinitas de amor.

Y, ¡hermosas disposiciones del Señor! A esta afirmación anterior –la paz, fruto de la pureza y castidad-, el Espíritu Santo añade esta alusión a la Eucaristía para mayor consuelo del as almas puras: *et adipe frumenti satiat te* -te sacio con la flor de trigo-.

Jesús eucaristía es la fuerza de las vírgenes. Fijémonos en este detalle: *et adipe frumenti.* “De la grasa de trigo”. Hace pensar en la grasa, en el aceite con la cual se frotaban los atletas antes de la competición. Y es que la castidad y la pureza para nosotros que no somos ángeles, es un verdadero combate, muy difícil y penoso. Sólo los atletas de Jesucristo, los que reciben su Divino Cuerpo y su divina Sangre, en la Sagrada Eucaristía, consiguen las fuerzas necesarias para obtener la victoria.

La comunión se extiende sobre todas estas almas como una capa de grasa, de aceite, que impide a sus enemigos poder “agarrarlas” por ningún lado; como el atleta no da posibilidad a su adversario para cogerle por el aceite con el que se ha untado.

La presencia de Dios en las castas entrañas de María la hizo triunfadora de Satán, vencedora del enemigo. Ella es nuestro modelo por excelencia en el combate, mostrándonos que nuestra íntima unión con Jesús es nuestra fuerza y nuestra garantía de victoria en la lucha. Pues Ella, por su pureza virginal, por su inmaculada concepción ha aplastado definitivamente la cabeza de Lucifer.

En estos ejemplos de María en los salmos se puede apreciar la profundidad de las enseñanzas del Oficio divino sobre los misterios de Dios, y de la Virgen, aquí en particular. Y también se reconoce la ayuda poderosísima del Oficio Divino para fomentar el amor y la piedad. Y en este caso, la piedad mariana. Son sólo algunos ejemplos, pero cada uno es quien tiene que ingeniarse en buscar y encontrar la presencia de su Madre celestial, la presencia de María en los salmos; y, por descontado, en los textos escogidos, en sus fiestas propias, en la hermosura de la Liturgia del Oficio Divino.

## **El Oficio Divino con María, una ofrenda perfecta**

El Oficio divino -lo hemos visto y meditado ya- es Cristo que se ofrece en sacrificio de alabanza perfecta a su Padre celestial. Pero este sacrificio divino, que es a la vez el del Calvario y el de la Santa Misa, no se realizó, ni se realiza sin la Santísima Virgen María. Ella, presente al pie de la Cruz, ofrece al Padre eterno el precio de la Redención de todo el género humano, su Hijo amadísimo.

Pero María de pie junto a la Cruz -Stabat Mater- no se ofrece sólo a su Hijo sino que, Corredentora, se ofrece también

a Sí misma al Padre celestial como Víctima unida a Jesús Víctima por la salvación de los hombres. Su corazón de Madre, y de Madre universal, la empuja irresistiblemente a este don total de Sí misma por sus hijos, no queriendo dejar solo ni a su Hijo divino en su sacrificio, ni a cada uno de sus hijos los hombres en su desgracia del pecado original.

Madre y Víctima en su Hijo, con su Hijo, Jesús Víctima, así es María en el Calvario. En eso debemos pensar en la Santa Misa, que es el Sacrificio del Calvario, en eso debemos pensar en el Oficio Divino en el cual, con María y como María, ofrecemos a Cristo a su Padre celestial. En ambos casos -en la Misa y el Oficio- hemos de tener presente que no sólo es por María, por su Corazón inmaculado, que hacemos esta ofrenda divina, sino es también a María a quien ofrecemos al Padre eterno, como Víctima unida a su Hijo, Jesús Víctima. No olvidemos unir a la Víctima Santa el holocausto propio de nuestra vida, de nuestro corazón, de todo nuestro ser.

Es imposible rezar el Oficio Divino sin María, como es imposible celebrar, o asistir a la Santa Misa sin Ella. Porque Ella está allí, de pie junto a la Cruz, y nada ni nadie la puede ni la podrá apartar de su Hijo amado. Ella hace uno con su Hijo, hace un solo Corazón con el de su Hijo, de manera que la lanza que atravesó el suyo, fue el mismo golpe, una sola misma herida en un solo mismo Corazón. Y es a partir de esta herida de amor que se hará la distinción entre los hijos de Dios y los hijos del diablo, como lo dijo el anciano Simeón: *Una espada atravesará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones.* Lc., 2,35. Pues quien no se deja tocar por esta herida del Corazón de Jesús-María, no se dejará tocar por ninguna gracia salvadora.

Pero hay más. No se trata sólo de ofrecer -por la Santa Misa, por el Oficio Divino- a Jesús por María al Padre

celestial, ni siquiera se trata sólo de ofrecer a Jesús y a María y a sí mismo, por el Corazón de María, a través de Ella, al Padre -y todo esto es mucho, muchísimo- sino que es necesario dejar invadirnos por María para rezar mejor el Oficio Divino. O sea, si el Oficio Divino permite sentir a Cristo en nosotros, vivir sus sentimientos en nosotros, inevitablemente, como un dulce complemento, habrá que dejarse poseer por los sentimientos de María, ya sea en el Oficio Divino, como en el Oficio Divino por excelencia que es la Santa Misa.

Dejemos a Nuestra dulce Madre del Cielo amar a su Hijo a través de nuestro corazón en el Oficio Divino; dejemos a María ofrecer a su querido Jesús en sacrificio a su Padre celestial. Dejemos, a través de las Horas canónicas hablar a María con su Esposo el Espíritu Santo. Que Ella viva en nosotros, amemos con su Corazón, y esto producirá si dejamos a María rezar el Oficio Divino en nosotros. Nos prestará con gusto sus sentimientos, sus disposiciones, su amor para saber tratar como se debe a cada una de las tres Divinas Personas de la Santísima Trinidad.

Ya se sabe, debemos ir a Jesús por María, hay que pasar por la Madre para llegar al Padre y para agradar al Padre. Por eso, si el Oficio Divino es la alabanza que Dios quiere recibir de nosotros, no pretendamos ofrecerla sin la ayuda y mediación de María, sino invitémosla con todos nuestros afectos a cantar en nosotros el Oficio Divino. ¡Qué su Corazón inmaculado se expande y exulte en nosotros, cantando a Dios el Oficio Divino y especialmente el *Magnificat*! Que sea Ella misma quien vuelva a cantarlo como la primera vez, con la misma alegría divina, en casa de su prima Isabel.

No, realmente, no se puede rezar el Oficio Divino sin María, como no se puede asistir a Misa sin Ella. Está allí, inevitablemente, cerca de su Hijo, unida a Él en todos los

misterios. Y si el Oficio Divino es Cristo hecho oración, hecho alabanza viva a Dios Padre, María tan unida está a su Hijo que se puede decir también que el Oficio Divino es María hecha oración, hecha alabanza perfecta al Dios Padre: porque está allí con su Hijo Jesús. El Oficio Divino nos habla de María como nos habla de Jesús. El Oficio Divino permite a María rezar, cantar a dios su adoración, acción de gracias; la reparación y la oración de intersección por sus hijos los hombres. Y como no sabemos hablar por ser tan pequeñuelos, no sabemos ni siquiera balbucear el Santo Nombre de Dios, ¿quién sino nuestra Madre del Cielo para enseñarnos a hablar de Dios y con Dios? No podemos prescindir de su ayuda maternal. Jesús no prescindió de la ayuda de su Madre. ¿Cómo podríamos hacerlo nosotros?

Es Ella quien, en el Oficio Divino, y en la Santa Misa, va a favorecer la obra de Jesús, la obra del Espíritu Santo en nuestra alma. Con Ella todo será más provechoso. Con Ella los frutos, el fervor, el amor, la verdadera santificación. Así que, ni los sacerdotes, ni los fieles, deben olvidar que en la Santa Misa y en el rezo del Oficio Divino allí está maría; y la deben tener muy presente, tener conciencia que necesitan de su ayuda para ofrecerse a Cristo como sacrificio de alabanza perfecta a Dios Padre.

El Oficio Divino se reza con María, en compañía de María, y hasta en el Cielo necesitaremos de Ella y será con Ella y por Ella que ofreceremos a Dios el esplendoroso tributo de la liturgia celestial por toda la eternidad.

## **María esposa del el Espíritu Santo**

María fue el lazo de unión en la Iglesia naciente, era el corazón, el centro, el centro visible de aquel grupo -Jesús ya

había subido al Cielo- de aquella Familia, pues una Madre es siempre el corazón de una familia. Ella sostenía el fervor en la oración, en la unión de la caridad: *Y todos perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María, la Madre de Jesús.* Hch., 1, 14.



Ella continúa su misma labor, con más razón, ahora que está en el Cielo. María une los corazones de sus hijos en la caridad, Ella completa la oración de sus hijos, suple las deficiencias de las oraciones de sus hijos y las perfecciona para transformarlas en oraciones dignas de Dios. Todo eso hay que aplicarlos al rezo del Oficio Divino con María.

En el Cenáculo, María Madre, corazón de la Familia naciente de los cristianos, corazón de la Iglesia, transmite de su propia vida a todos los miembros que le pertenecen. Como en el cuerpo, el corazón, por un flujo de sangre hacia todos los miembros, transmite vida, así la Virgen, Corazón de la Iglesia,

por el flujo de su caridad, por el flujo de su alma por todo lo que sufrió en la Pasión y por el flujo de su fervor, de su amor, de sus virtudes, de su santidad... transmite vida espiritual intensísima a todos sus hijos alrededor suyo. Y es así, que, en su amabilísima presencia, se preparan los Apóstoles a recibir al Espíritu Santo Paráclito, del a mejor manera que se puede y que nunca de podrá hacer.

Rezar el Oficio Divino con María tiene todos los mismos efectos que se produjeron en la Iglesia naciente alrededor de Ella, especialmente el día de Pentecostés. Una vez más, se ve que, si los cristianos no pueden prescindir de Ella para rezar, menos todavía los sacerdotes para rezar el Oficio Divino, que es la oración oficial de la Iglesia, la oración oficial de Cristo, la oración oficial de María.

Ella va a unir las almas, los corazones, en una sola oración, en un solo amor, en un solo cuerpo; siendo Ella el corazón que dará vida a todos los miembros. Todos los sacerdotes que rezan el Oficio Divino se encuentran fuertemente unidos entre ellos -incluso sin conocerse todo mutuamente- por María. Siendo Ella Madre, Madre de la Iglesia, es Ella el corazón de la gran familia cristiana que se concretiza en la unidad de todo el Cuerpo místico. Unión que su bondad maternal tiende siempre a realizar, claro está, pero más que nunca su obra se vuelve eficaz y activa por el lazo de la oración oficial -el rezo del Oficio Divino-, incluyendo, de manera destacada, el lazo constituido alrededor del altar en la celebración y participación en la oración por excelencia de Cristo, su Sacrificio de alabanza perfecto a su Padre celestial en la Santa Misa.

Uno objetará, ¿pero esta unión de la Iglesia no se hace alrededor de San Pedro, el Papa? Sí, también, pero no del mismo modo. San Pedro, y el Papa, es Vicario de Cristo, es la

cabeza visible de la Iglesia, con autoridad de dirigirla y gobernarla. María no es la autoridad que gobierna la Iglesia, pero es el corazón cuyo palpitar transmite la vida. Ella transmite la vida espiritual, y cuando rezamos es Ella quien sostiene nuestra oración, la alimenta, la anima, la perfecciona, suple lo que falta, suple nuestras deficiencias, las deficiencias de nuestra oración. Cuando rezamos el Oficio Divino con María, es Ella quien va a borrar todos los errores e imperfecciones de la misma –distracciones, etc...- para presentar una oración, una alabanza digna a Dios.

¿Pero todo eso no es obra propia del Espíritu Santo, quien *reza en nosotros con gemidos inefables?* Rom., 8,26. Como Jesús no quiso prescindir ni hacer nada sin María, el Espíritu Santo, igualmente, no quiere hacer nada sin la Sagrada Esposa, la Virgen María. Y añadamos que el Padre eterno tampoco quiere prescindir de Ella, ya que incluso la quiso y la escogió por co-creadora como se ve el libro de los Proverbios, 8, 22-31: *El Señor me tuvo al principio de sus caminos, antes de que se hiciera cosa alguna, desde antaño. Desde la eternidad fui formada, desde el comienzo, antes de la tierra. Cuando no existían los océanos fui dada a luz, cuando no había fuentes repletas de agua...* Texto de la Fiesta de la Inmaculada Concepción, en el Misal tradicional.

Si María no está en un corazón, nada atrae al Espíritu Santo a aquella alma. Es Ella, Ella sola la que es capaz de atraer al Espíritu Santo, su Esposo celestial. Pues sólo la esposa puede interesar a un esposo, sólo una esposa es capaz de atraer las miradas, todas las caricias, toda la atención e incluso todos los besos del esposo. Lo que es verdad en el orden natural se realiza de una manera sublime, espiritual y divina entre el espíritu Santo y María.

Estas disposiciones de esposo del Espíritu Santo para con la Virgen María, que demuestran que es Ella quien, de un

modo peculiar, le atrae irresistiblemente a las almas, las vemos también muy claramente en otro episodio del Evangelio, el de la Visitación. Dice así: *y entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Así que oyó Isabel el saludo de María exultó el niño en su seno, e Isabel se llenó del Espíritu Santo.* Lc., 1, 41. O sea, Isabel vio a María, la recibió con alegría, recibió la voz virginal de su saludo en sus oídos, y el gozo de sus afectos bajó hasta su corazón. Con eso ya, el Espíritu Santo, esposo Divino de María, no se puede detener; y no sólo baja con sus dones sobre Santa Isabel, tan bien dispuesta a recibirle -como lo estuvo para recibir a María-, sino que baja a ella con plenitud y la llena de Él mismo: *e Isabel se llenó de Espíritu Santo.* ¡Hasta llenar de júbilo al niño que lleva en su seno!

Bien, eso mismo nos pasará si rezamos el Oficio Divino con María, si celebramos y participamos de la Santa Misa con María. Si sabemos acogerla primero a Ella en nuestras almas, en nuestros corazones, entonces, sí, el Espíritu Santo vendrá a nosotros con plenitud, nos llenará de sus dones y de Sí mismo.

A menudo reconocemos fácilmente que no podemos hacer nada en la obra de nuestra santificación sin la ayuda del Espíritu Santo, sin la ayuda de Dios. Y Jesús nos dice claramente: *Sin Mí no podéis hacer nada.* Jn. 15, 5b. Pero si es María y sólo María quien puede atraer y mover a Dios, ¿tenemos, o no, bastante conciencia que sin Ella, tampoco, no podemos hacer nada?

Si el Espíritu Santo reza en un alma con gemidos inefables, es porque en aquella alma ha encontrado primero la presencia de la Virgen, pues donde no está María, el Señor no se encuentra a gusto, y no establece su morada.

¿Queremos agradar a Dios rezando el Oficio Divino, celebrando o participando de la Santa Misa? Estemos con la

Santa Virgen, invitémosla a morar con nosotros, como San Juan lo hizo; habitemos en su Corazón inmaculado y el Espíritu Santo no podrá resistir, vendrá en plenitud a nuestras almas para colmarlas de fervor y de amor.

Mientras todos los Apóstoles abandonaron a Jesús en su Pasión y san Pedro le negó hasta tres veces, San Juan no perdió ni un instante el Espíritu Santo y Dios se quedó firmemente en su alma, porque precisamente, San Juan, no se apartó de María, y antes de tener, de parte de Cristo, la dicha y el honor de recibirla físicamente en su casa, Ella ya moraba en su corazón de hijo; y eso desde el principio le hizo discípulo predilecto de Jesús.

¿A qué correspondería rezar el Oficio Divino sin María, celebrar o participar en el Santo Sacrificio sin Ella, excluyendo su presencia, su recuerdo, su atención, o queriéndola ausente? Sería echar a perder todos los frutos de tales acciones divinas par sí y para muchos; sería desaprovechar gravemente y tontamente el inmenso tesoro que Dios pone a nuestra disposición cada día; sería pisotear la Preciosísima Sangre de Cristo. Sí, hasta esa.

¿Podremos ahora rezar el Oficio Divino sin contar con María? Si Dios mismo no quiere apartarla de Sí, ¿cómo podré hacerlo yo?!

Y aquel pecador que tuvo la gracia de convertirse a Dios antes de conocer a la Virgen, incluso aquel pecador digo, que no crea que ha vuelto a Dios sin la intervención de su Madre celestial. Pues en este caso, también, es María quien supo atraer al Espíritu Santo hacia aquella alma; pues siempre es la Madre quien sabe reconciliar a los hijos con el Padre. Si la reconciliación con el Padre y la obtención de su favor hace parte de la misión que Dios ha dado a todas las madres de la

tierra, ¡cuánto más no habrá dado tales facultades a la mejor de las madres del mundo, la Santísima Virgen!

María es el lazo de amor que nos une con Dios, y Ella es también la unión de todos los cristianos entre ellos. Ella es el corazón de la comunión de los santos. Y los sacerdotes, los fieles, en el rezo del Oficio Divino, o alrededor del altar, pueden experimentar, gracias a María, la plenitud de esta unión de caridad perfecta que es la comunión de los santos. Mientras recemos el Oficio Divino, ¡que Ella misma nos preste su voz, pues su voz virginal es el encanto de Dios, como Él mismo lo dice en el Cantar de los Cantares -2, 14-: *que tu voz es suave, y es amable tu rostro*. ¡Sí! Que María, que es el encanto del amor de Dios, cante en nosotros las alabanzas del Oficio Divino, y el Espíritu Santo bajará a nosotros apresuradamente para elevar nuestras almas hasta la convivencia feliz de la Tres Personas de la Santísima Trinidad.

El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia, María es el corazón. Los dos funcionan y trabajan al unísono, íntimamente e inseparablemente, para dar la verdadera vida a las almas; esto es, la vida de santidad del Cuerpo Místico, de la Iglesia. Por eso no se puede rezar, honrar, ni alabar a Dios sin el Espíritu Santo, ni sin María.

Si no hubiere tenido lugar Pentecostés, la Iglesia habría quedado como un cuerpo muerto -sin alma-, por eso Jesús dijo a los Apóstoles: *Es necesario que yo me vaya para que venga a vosotros el Espíritu Santo*. Jn., 16, 7. Necesaria la venida del Espíritu Santo, necesaria a la vida de la Iglesia. Por eso necesaria también la dulce presencia y compañía de María, porque el Esposo va y se instala sólo donde va y se instala la Esposa.

Los frutos de amor, de fervor, de santidad, los frutos de la oración, y de la oración por excelencia que es el Oficio Divino, el Espíritu Santo nos los dará efectivamente, pero a través de María, y no sin Ella. Pues el alma, para dar vida al cuerpo, no quiere pasarse de la cooperación de la actividad del corazón. Un cuerpo sin alma es cuerpo muerto, pero también un cuerpo sin corazón es cuerpo muerto. Así es Espíritu Santo no quiere prescindir de la cooperación de María en la obra de santificación de las almas.

Hermoso ejemplo nos da el Evangelio, y muy significativo, en el episodio de la Visitación. Hemos visto ya como a la voz de María, Isabel recibe en plenitud el Espíritu Santo, acogiendo con gozo a la Virgen en su casa. Pero la voz de esta misma salutación proferida por María va hasta tocar al niño, que está escondido todavía, en el seno de su prima Isabel, y librarlo del pecado original. Dios santificó a San Juan Bautista antes de nacer, el Espíritu Santo le hizo exultar de gozo; pero tal obra maravillosa de santificación no quiso Dios hacerla sin María. Y es por la voz de su querida Esposa inmaculada que el Espíritu Santo se dignó actuar. Y su manera de obrar no ha cambiado ni cambiará hasta el fin de los tiempos y durante la eternidad.

## **Rezar con María es ser misionero con Ella**

Fijémonos en otro detalle de este Evangelio, y entenderemos que rezar con María es ser misionero con Ella. Si la voz de María atrae y guía al Espíritu Santo hacia las almas para hacerlas santas, si Ella quien posee a Jesús en sus casta entrañas y en su alma purísima, le lleva a su prójimo -en este caso a su prima Isabel y a San Juan Bautista-, si Ella, en una palabra, lleva Dios a los hombres, ¿qué duda cabe que rezar con Ella, uniendo nuestras voces a la suya en el rezo del Oficio Divino, que duda cabe que rezar en compañía de la Virgen, con

Ella y por Ella, la santa alabanza que Dios mismo escogió, qué duda cabe que no podremos hacer mejor apostolado, ni más eficaz, y que no podremos volvernos más misioneros que de esta manera? Es decir, rezar con y por Ella.

Rezar el Oficio Divino con María es ser misionero, y misionero animado de un corazón de madre y armado con la fuerza de persuasión en virtud del Espíritu Santo. Es llevar el Evangelio hasta los confines de la tierra, como María lleva el Evangelio vivo, el Verbo de Dios, en su seno purísimo, para entregarlo por la salvación de sus hijos, de todos sus hijos, de todos los hijos de la tierra, hasta el último y hasta los últimos tiempos.

## CONCLUSIÓN

Después de estas consideraciones, ¿habrá quien dude invitar a María a rezar el Oficio Divino? ¿Habrán quienes piensen en prescindir de su ayuda y de su compañía cuando asiste a la Santa Misa? ¿Habrán quienes quieran estar sin Ella para alabar y agradecer a Dios?

Pero si eso fuese posible en un alma que todavía no ha entendido el papel de María en nuestra vida de oración, en nuestra vida de unión con Dios, parémonos en la Antífona del *Magnificat* de lunes de Pentecostés: *Si quis diligit Me sermonem deum servabit, et Pater meus diliget eum, et ad eum veniemus, et mansiones apud eum faciemus.* “Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y en él haremos morada”. Jn., 14,23. O sea, quien quiere vida de oración intensísima, vida de unión con Dios intensísima, quien quiere saber amar, rezar, alabar a Dios como Él lo merece -y se alaba y se honra a Dios como Él lo merece sobre todo en la Santa Misa y el Oficio Divino-, quien quiere todo eso, debe guardar fielmente la palabra de Jesús.

Y ahora, preguntamos, ¿cuál fue la última palabra de Cristo a los hombres en esta tierra, mientras estaba muriendo en la Cruz? *He aquí a tu Madre*. Es decir, recibirla como madre, tratarla como Madre. Acógela como Madre tuya y no te separes de Ella. Haz todo con Ella y no te apartes de Ella.

*Tengo sed. Todo está consumado. En tus manos encomiendo mi espíritu.* Eran palabras dirigidas a su Padre celestial. Así que, *He aquí a tu Madre* fue la última palabra de Jesús a los hombres antes de morir.

**Nihil amori Christi praeponere.**

No anteponer nada al amor de Cristo.

*San Benito*